

**PALABRAS DE RAFAEL ARIAS-SALGADO, (Presidente de la
Fundación Transición Española), EN LA PRESENTACIÓN DEL
LIBRO: “PARDINES, CUANDO ETA EMPEZÓ A MATAR”
coordinado por GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA Y FLORENCIO
DOMINGUEZ**

La Fundación Transición española, que aspira a defender los valores de esa etapa difícil pero fructífera de la vida pública española y a proyectarlos sobre el futuro inmediato, se identifica plenamente con los fines y propósitos del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo. Las Víctimas hablan del propósito de memoria: que se haga la historia, que la historia que se escriba cuente siempre la verdad y del propósito de justicia: el cumplimiento integro de las condenas así como la continuación

de la indeclinable persecución de los delitos por esclarecer y de sus presuntos culpables.

Esta posición merece alguna explicación

La Transición democrática fue en extremo generosa con una ley de amnistía que incluyó todo tipo de delitos, incluidos los de sangre. Fue un paso discutible pero necesario para legitimar, en todas sus dimensiones, el proceso democrático. Pero esta afirmación no debe ocultar la equivocación subyacente en el planteamiento inicial de las fuerzas políticas democráticas. El terrorismo no era solo, como se creyó, una manifestación más, violenta ciertamente, del antifranquismo. El antifranquismo era un pretexto necesario. Pero también era la expresión, mediante

el terror de una negación de España. Iba contra España. Se trataba de expulsar a España de la “patria vasca”.

Puedo aportar algún recuerdo personal. En los Consejos de Redacción de Cuadernos para el Diálogo, revista de la que fui editorialista, la condena de la violencia terrorista fue siempre radical. Siempre se rechazó la violencia que hiere o mata. Pero nunca llegó a asumirse en el análisis su carácter antiespañol. No había comprensión para la violencia pero estaba subyacente, como forma de mitigación del rechazo, que el terrorismo era una expresión más del antifranquismo y por tanto de la falta de libertades y de reconocimiento de la realidad plural de España. Incluso durante los primeros pasos del proceso democrático, se analizaba la trayectoria personal de las víctimas y su vinculación

para condenar siempre pero, más o menos radicalmente, los atentados.

Creo que debe recordarse a todas las víctimas y condenarse todos los atentados, sin distinción, porque siempre es el mismo género de crímenes. Hoy sin embargo, personalmente, en mi condición de dirigente de UCD, no puedo olvidar a los militantes de Unión de Centro Democrático que cayeron víctimas del terror. Porque todavía entonces –finales de los setenta-, a la hora de condenar con más o menos radicalidad los asesinatos, se tenía en cuenta implícitamente la inserción política de las víctimas y sus antecedentes políticos.

Este panorama fue cambiando. ETA multiplicó su actividad asesina. La sociedad española acabó concienciándose de la

verdadera naturaleza del terror como hecho criminal de pretensión rupturista de la unidad nacional. Quiero aquí recordar, lo creo de justicia, al Presidente Aznar, a cuyo gobierno pertenezco, porque fue quien elaboró el discurso político más acabado sobre la fortaleza del Estado de Derecho para derrotar al terrorismo sin vulnerar sus propias reglas. La cooperación internacional se hizo más accesible y comenzó la derrota policial de ETA.

Decía al principio, en acuerdo con las víctimas, que la disolución formal de la banda terrorista no puede llevarnos a abandonar el propósito de verdad, de memoria y de justicia. Tanto más cuanto que el comunicado final de disolución de ETA sólo puede pasar a la historia como una expresión de cinismo y bajeza moral. Escribía en un artículo reciente el profesor Llera que no cabe

mayor bajeza moral que “recurrir a su coartada de las dos violencias para autoexculparse, apelando a un imperativo de sangre surgido del bombardeo de Gernika como símbolo de la sobredramatización del franquismo y la guerra civil con la que han tratado de justificar su ignominiosa y arbitraria historia”.

No cabe pues el olvido. Es el riesgo de hoy que hay que eludir porque el nacionalismo vasco, en aras de una pretendida pacificación social y de una convivencia plural, buscará la superación y blanqueo de ese pasado criminal en el que ETA trató de alcanzar, mediante el terror, la ruptura de España. Por eso no basta que se hayan comprometido a dejar de matar y a disolverse como organización porque continuarán sembrando la semilla del odio. Por eso también es exigible que pidan perdón por todos, todos sus crímenes y colaboren en el esclarecimiento

de los que faltan por enjuiciar. Sólo así merecerán el perdón. Mientras tanto sería a mi juicio un error acceder al llamado acercamiento carcelario de los presos de ETA. No hay generosidad posible, en mi opinión, hasta que no dejen de glorificar su pasado de lucha, reconozcan su culpa por haber tratado de minar un régimen democrático, liquidar el Estado de Derecho en el País Vasco y romper la unidad política de España. Hoy se pide desde las filas nacionalistas, en nombre de la ética, el traslado de presos e incluso la excarcelación de los condenados a prisión. La apelación a la ética tiene algo de cinismo. Lo que no es ético es manipular una realidad criminal, ocultar hechos y datos sobre crímenes reales y sangrientos que están pendientes de enjuiciamiento por falta de información sobre los culpables. No hay arrepentimiento creíble sin plena colaboración con la justicia. La mayor expresión de la ética es siempre la realización de la justicia tal y como la prevén las leyes democráticas.

El libro que hoy se presenta es un excelente instrumento para que el terrorismo de ETA permanezca en nuestros análisis, se evite una potencial desmemoria y se refuerce el apoyo que debemos a quienes representan a las víctimas. Por eso quiero felicitar a sus autores por el servicio que prestan a la sociedad española. Es un análisis denso y minucioso pero también impagable. Ahora sabemos mucho más sobre los comienzos de ETA, sobre su naturaleza real y sobre su evolución. Nos proporciona una sólida base analítica y fáctica para ratificarnos en nuestras posiciones. Y Nos permite también continuar un combate, que ahora es, sobre todo, ideológico y social para no cesar en la investigación y persecución de los atentados que aún quedan por esclarecer. Por todo ello gracias a los coordinadores y autores de este excelente libro. Y me permito invitarles a que

continúen con su labor de estudio e investigación sobre un problema que, aunque sin sangre, al menos por el momento todavía no ha acabado.

Muchas gracias.

Rafael Arias-Salgado Montalvo
Presidente
Fundación Transición Española